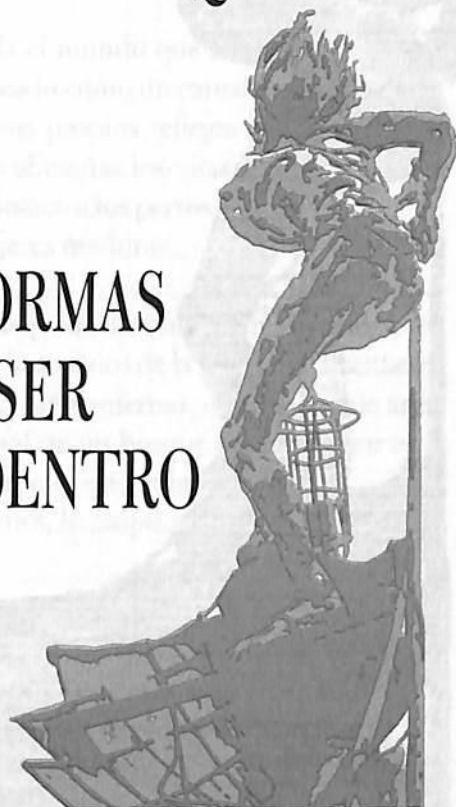


Pliego de poesía de La Colmena

JEREMÍAS MARQUINES

LAS FORMAS
DE SER
GRIS ADENTRO





Escultura de FERNANDO CANO
con tratamiento de imagen.

1

No teníamos tristeza, sólo tengo memoria de
que el cielo estaba gris.

Ya mucho se dijo de la tristeza que el amor es una espesa
humedad de madera en la estación lluviosa, *la oscura
membrana* en el ojo de los ahogados incitando al naufragio.
Un olor de insectos que extrañamente revelan nuestros
huesos donde copulan en secreto animales prohibidos.

Pasan los trenes pero queda el mundo que sueña sus frutas de
invierno; su horizonte arqueado como un camaleón dormido en
la osamenta de la niebla; sus propios reflejos limitados por el
vértigo de las palmeras; sus alimañas inscritas en los muros del
poniente donde se pudren intactos los perros que duermen en la
virginidad renovada de mujeres maduras.

Cuando pasan los trenes sólo queda un como animal hambriento
en los pechos vacíos, el silencio acuático de la tarde que desentierra
sus pájaros irreales como un niño enfermo, una mano que arde
en perfecta calma en el litoral de un bosque demolido por esas
criaturas que van desfigurando lo que te hace vivir.

Cuando pasan los trenes, lo empiezas a saber.

2

Se quedó mirando, pero una vez más pensó que no tenía sentido una nueva partida, y dijo que el fin de la historia era un gemido sin esperanza redentora, un fin sin ningún fin.

Lo empezábamos a saber: alguien llenaba con trenes diminutos milenios enteros de laberinto, las cosas del mundo y sus pájaros nos daban la espalda, mientras yo era todas esas cosas que nadie sabe qué hacer al cerrar la puerta.

Por eso se nos llamó sombríos: una raza de bestias melancólicas cuya enferma fatalidad envía rumores sobre las fuerzas de Gog y Magog amotinadas tras esa ventana en la que van a desaparecer estas palabras; esa luz amarilla que lejanamente se enlaza a las luces del anochecer con un deseo con ganas de ser tal vez un recuerdo que se impone insatisfecho a la lejanía donde el océano intenta un ademán desesperado.

Era este mundo y sus pájaros impúberes, esta oscuridad que semeja una gallina roja de la tierra; el derrumbe que envía sus recados por medio de este instante que ahora llenaremos de tristezas.

3

- ¿De veras hay un tren?
- Allá —señaló un lugar en la oscuridad.
- ¿Quiere que le haga un plano para llegar?
- No. Ya es hora de que empiece a orientarme solo.

Pasan los trenes y a pesar de la vigilia el infortunio llega. Por eso la piel se nos quiebra a la manera de un libro antiguo donde las abejas libran una guerra sorda, indeterminada, y por eso pican y los perros muerden.

Aun así, nosotros que tenemos por sabido la densidad del alma, la cantidad exacta de nostalgia que soporta la tarde, el peso específico de la tristeza en el corazón del hombre y el aroma majestuoso de la violencia en unos senos desnudos, presentimos de la eternidad su roto hocico donde nos podremos como gigantesca medusa que las cosas del mundo siguen secretamente obedeciendo.

4

Caminé toda la noche y cuando por fin empezó a clarear distinguí los contornos de un tren muy largo que asomaba en un desvío del ramal. La señal de partida estaba baja y el semáforo en verde pero no vi a nadie en la locomotora y los vagones tenían las cortinas bajas.

Era como en los primeros días y también allí se bifurcaba el camino.

Cerré los ojos y pensé en la drástica medida de los Aqueos de antaño: escapar de la urbe, por mar, rumbo a las Islas Afortunadas, pero también allí aparecía la visión del pájaro desmembrado como una herradura sonora contra *el viento insolente*.

Podía seguir en la ruta y distraerme pensando en alguna reliquia última de la Edad de Oro; podía hasta orientarme por las vías rotas del ferrocarril, pero ya de este lado algunas cosas estaban cayendo y pensé que mejor sería esperar el desabasto solo.

5

Miró el camino y el viento en las calles tan solas como ahora; el viento arrastrando hojas de árboles que eran como aullidos de perros. Una cuadra más allá, el sol era una infantería perdida.

— No sé, dicen que el olvido engendra trenes sordomudos y que por eso el amor anda un poco desorientado por estos caminos que parecen dormirse mirando el nacimiento de las cosas.

Si al menos todos los sueños no durmieran en el mismo lecho, donde la oscuridad es un triste objeto devorado por su nombre.

- Es lo que dicen, pero en toda memoria puede haber vidrios rotos.
- Bebedero de pájaros que arden en su propio herrumbre -le dije.

6 Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudentemente al encuentro del tren. Al fondo del paisaje la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.

Asclepius dudó un momento, al verme levantó un farol cuadrado de los que usan los señaleros del ferrocarril y pensé: “tristísima estrella alumbra el abismo de la noche”.

- Entonces dijo: he aquí las tres cosas torcidas en el corazón de Dios: la cola de la iguana, el bejuco vivo y los intestinos del cerdo.
- Junto a mí también están los camaleones de pellejo arrugado, la sangre de la orina de mi hijo y su cabeza y su vientre y su muslo y sus manos y las cosas que taladran la noche –le dije.
- No –dijo. Y miró caer infinitas veces la corteza de una noche engomada pidiendo hojas eternas en medio del recuerdo.

Lo mismo lloraba porque los dioses de cabeza puntiaguda y traseros pelados no decían lo que amaban, ni llovía agua y por eso vino a golpearse los árboles, el tristísimo tiempo en que sean recogidas las mariposas y los que aman sientan que están llegando a alguna parte donde quizá las calles ciñan sus sienes de párpados verdes, sus teas lúcidas, sus picos siniestros que mutilan olas y astros y los peces alimenten del amor sus frondas negras.

Y pensé que tal vez el ocaso gruñe como un oso ciego al que han herido las cenizas y que por eso Dios tiene retorcido el corazón y chamuscado el rostro y su vientre y su muslo y su mano que cuelga como un bejuco vivo al que le han tumbado algunos dedos, y por eso ya muy pocas cosas inventan las palabras que sólo inercia languidez ya que se han vuelto si se escriben.

— Da lo mismo —dijo. Si todo ya está a punto de partir y no se mueve el tiempo.

7

A largo del camino estaban los restos de un vagón y algunos autos aplastados. Hacía mucho tiempo que los habían arrojado ahí. Arriba, parecía que todo el cielo también se estaba cayendo y nada de lo que allí había tenía ya utilidad.

De los trenes sólo fue un presentimiento.

Las calles eran una infancia desierta y caían vidrios como vacas ciegas.

Me imaginé que posiblemente nosotros también estábamos rotos y que algún día, desde el asiento de atrás de un automóvil podría mirar las estrellas y entonces todo volvería a ser como fue: sin grietas de tormentas en el sauce, con el dibujo de una chica bajo la lluvia.

— En realidad me estaba desanimando un poco. Unos pájaros desarmaban una cúpula de vidrio de un edificio de veinte pisos.

— Se lo dije y me contestó que era una imagen muy gastada, que al cambio de estación la revisaría.

— Hay menos incertidumbre, es verdad —le dije— pero igual no vamos a llegar muy lejos.

Me alejé unos metros por las vías y sentí que el mundo se me iba para siempre.

De arriba caían vidrios como vacas ciegas.

8

En realidad pensó que el mundo estaba gobernado por lo tardío. Una luz roja se aplastaba sobre las cabezas como una intermitente utopía negativa.

— Carajo, todo aquí es un error —me dijo.

Sobre una mesa había quedado un pedazo de la tarde, la osamenta de un caballo estaba suspendida a la altura de nuestras cabezas. Un soplo hubiera derrumbado todo y tampoco el piso parecía muy sólido.

Desde aquí mirábamos las luces de una estación amarillenta que moría tres cuadras más allá, frente al escudo de la República por donde asomaban los ojos de una bicicleta oxidada.

Parecía que todo hubiera salido corriendo porque hasta los árboles tenían forma de estampida, los pájaros volaban haciendo rechinidos espantosos como si estuvieran a punto de descalabrarse, a manera de un burdo batallón de nubes.

— Cuidado —le dije— puede haber vidrios rotos.

— Camaleones hay —me respondió.

Pero las señales en rojo se caían.

9

Descendió del vagón y atravesó la calle abrasada por el metálico sol de agosto y penetró en la fresca penumbra de una casa situada frente de la estación donde sonaba el disco gastado de un gramófono.

En cualquier parte una vereda irreconocible lleva a una foto vieja —eso dijo. Pero la calle era una toalla mojada, tan filosa que parecía un bisturí.

Me miré decepcionado, pero *Asclepius* me agradeció la comparación justo cuando la sombra de un gato caía en la telaraña del candil y agosto llegaba con la gorra calada hasta las orejas.

— Entonces le advertí que no podíamos usar el esplendor algo marchito de la palabra noche, aunque el amor insistiera confundirse en la penumbra con un cigarrillo encendido.

Tal vez porque la ciudad era atravesada por un lince altísimo y destemplado que arañaba los días o porque alguien se quejaba de esos fantasmas que llenan los patios con ceniza y una que otra esquirla de alarido; tal vez porque unos labios pintados como el cielo vagaban por diminutos callejones anunciando el deseo de un rencor cada vez más muerto.

Tal vez, sólo fue el viento que vino a beber en la palma de tu mano los restos de unos amantes despidiéndose en su propia condición de extraños.

10

Sentado en el escaño de la estación trataba de recordar si había lluvia de pájaros muertos en el Apocalipsis. Pero lo había olvidado todo.

– El crepúsculo engendra luminosos melocotones –me dijo.

Para entonces los pájaros habían desarmado la cúpula gris de un edificio de veinte pisos.

– No se lo dije porque también él parecía un hombre de luces desarmadas.

Pensé en los trenes como un último recurso contra esas palabras incapaces de hacer el amor con la amargura, pero le dije que es mejor soportar la tristeza de volver a ver la lluvia.

– No dijo nada, seguía viendo el crepúsculo de pie contra un cielo de oscuridad rembrandtiana, sus ojos grandes y tristes, como las putas de Rael, se entregaban a todo el mundo con espiritualidad perversa.

Junto a él, los camaleones devoraban las calles torcidas, las palmas, el olor de la gente, las nubes al final de las calles; incluso la bisutería barata de la noche oculta tras de esa ventana que alguien cerraba impaciente antes del amanecer dejando afuera una multitud entristecida a punto de salir del sueño.

- Pero no era aquí donde debíamos mirarnos, me dijo.
– *al final de lo que te enteras es que todas las estaciones conspiran contra la esperanza de algo más.*
– Carajo le dije, vas hacer que nos tiren al río.

11 El piano se hizo más negro y la tapa abierta le daba el aspecto de un pajarraco abatido por la tormenta. Los músicos eran doce o quince y se despedían sin rencor de algo que habían querido mucho y por demasiado tiempo.

Alguna vez existió un tranvía varado para siempre en un parque público. En sus vagones había una fiesta donde sonaba la música tardía de Beethoven ejecutada por una cofradía de pájaros siniestros. Una muchacha flaca de senos enormes bailaba con *la suavidad de anguilas eléctricas* en medio de un grupo de mariquitas que leían la Biblia; hasta que un día el tranvía se puso en marcha.

Yo no sé dónde se detuvo, porque los puntos cardinales murieron en guerra, enamorados de una mujer cuya sexualidad cambiante semejava una llovizna dormida en un Gólgota interminable.

Hasta allí, la tarde llegaba rechinando sus aparatos ortopédicos venida de quién sabe que tiempos secretos despertando ecos de carcoma en los senos enormes de la muchacha que dudaban engarvitados en rígidas posturas, mientras los mariquitas revivían su rostro con polvos de Primavera eterna y Rosicler de aurora.

Les cuento esto Padres serenísimos, porque sabido es que la olvidanza sólo sirve para recordar detalles de la desmemoria que casi siempre sirven para improvisar tristuras tristes.

Digámoslo de nuevo:

Trajinar la balandra del alma una vez que puesta en marcha la dormida llovizna del tranvía, en la más desmayante transparencia de lo no volvido.





Universidad Autónoma del Estado de México

UAEM